

ECONOMÍA ROSQUILLA



7 maneras
de pensar la
economía del siglo XXI

KATE RAWORTH

Kate Raworth

Economía rosquilla

Siete maneras de pensar
como un economista del siglo XXI

Título original: *Doughnut Economics*, de Kate Raworth
Publicado originalmente en inglés por Random House Business Books,
un sello editorial de Penguin Random House.

1.^a edición, enero de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Kate Raworth, 2017

© de la traducción, Francisco J. Ramos Mena, 2018

© de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3403-0

Fotocomposición: Toni Clapés

Depósito legal: B. 25.086-2017

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

¿Quién quiere ser economista?	11
1. Cambiar de objetivo <i>Del PIB a la rosquilla</i>	41
2. Ver el panorama general <i>Del mercado autosuficiente a la economía incardinada</i>	71
3. Cultivar la naturaleza humana <i>Del hombre económico racional a los humanos sociales adaptables</i>	103
4. Aprender a dominar los sistemas <i>Del equilibrio mecánico a la complejidad dinámica</i>	139
5. Diseñar para distribuir <i>De «el crecimiento lo nivelará todo» a la distribución por diseño</i>	173
6. Crear para regenerar <i>De «el crecimiento lo limpiará todo» a la regeneración por diseño</i>	215
7. Ser agnóstico con respecto al crecimiento <i>De ser adicto al crecimiento a mostrarse agnóstico con respecto a él</i>	251
Ahora todos somos economistas	291
Apéndice: La rosquilla y sus datos	299
Agradecimientos	305
Notas	309

Bibliografía.....	345
Índice analítico y de nombres	361
Créditos de las ilustraciones	379

CAMBIAR DE OBJETIVO

Del PIB a la rosquilla

Una vez al año, los líderes de los países más poderosos del mundo se reúnen para hablar de la economía global. En 2014, por ejemplo, lo hicieron en Brisbane, Australia, donde trataron del comercio global, las infraestructuras, el empleo y la reforma financiera, acariciaron koalas ante las cámaras, y luego se unieron en torno a una ambición primordial. «Los líderes del G-20 se comprometen a que sus economías crezcan un 2,1 %», anunciaron a bombo y platillo los titulares de todo el mundo, añadiendo que se trataba de un objetivo más ambicioso que el 2,0 % que se habían fijado inicialmente.¹

¿Cómo se llegó a esto? El compromiso del G-20 se anunció solo unos días después de que el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático advirtiera de que el planeta se exponía a sufrir daños «graves, generalizados e irreversibles» debido a las crecientes emisiones de gases de efecto invernadero. Pero el anfitrión australiano de la cumbre, el entonces primer ministro Tony Abbott, estaba decidido a impedir que la agenda de la reunión se viera «copada» por el cambio climático o por otros temas que pudieran distraer de la que para él era la principal prioridad: el crecimiento económico, también conocido como crecimiento del PIB.² Medido como el valor de mercado de los bienes y servicios producidos dentro de las fronteras de un territorio nacional en el plazo de un año, el PIB (o producto interior bruto) se utiliza desde hace largo tiempo como el principal indicador de la salud económica de un país. Pero en el contexto de la crisis social y ecológica actual, ¿cómo es posible que este único y restrictivo indicador siga acaparando tanta atención a escala internacional?

Para cualquier ornitólogo, la respuesta sería evidente: el PIB es un cuco en el nido económico. Y para entender por qué, hay que saber un par de cosas sobre los cucos, puesto que se trata de unos pájaros muy taimados. En lugar de criar a su propia descendencia, estas aves ponen subrepticamente los huevos en los nidos de otros pájaros cuando estos no los vigilan. Los incautos padres adoptivos incuban diligentemente el

huevo del intruso junto con los suyos propios. Pero el polluelo del cuco rompe muy pronto el cascarón, expulsa del nido al resto de los huevos y crías, y luego emite rápidas llamadas emulando un nido lleno de hambrienta descendencia. Esta táctica invasora funciona: los padres adoptivos se afanan en alimentar a su abultado inquilino mientras este se va haciendo absurdamente grande hasta llegar a sobresalir del diminuto nido que ha ocupado. Esta es una potente advertencia para otros pájaros: si dejas tu nido desatendido, puede resultar muy bien que alguien lo secuestre.

También es una advertencia para la economía: si pierdes de vista tus objetivos, puede resultar muy bien que otra cosa se cuele en su lugar. Y eso es exactamente lo que ha ocurrido. En el siglo xx, la economía perdió el deseo de formular sus objetivos; y en ausencia de estos, el nido económico fue secuestrado por el objetivo-cuco del crecimiento del PIB. Pero ya es hora de que ese cuco abandone el nido para que la economía pueda reconectar con el propósito al que debería servir. Expulsemos, pues, al cuco, y reemplacémoslo por un objetivo claro para la economía del siglo xxi; uno que garantice prosperidad para todos dentro de los medios de nuestro planeta. En otras palabras, entremos en la rosquilla, la zona óptima para la humanidad.

CÓMO LA ECONOMÍA PERDIÓ DE VISTA SU OBJETIVO

En la antigua Grecia, cuando Jenofonte acuñó el término *economía*, describió la práctica de la administración del hogar como un arte. Siguiendo su criterio, Aristóteles diferenció la *economía* de la *crematística*, el arte de adquirir riqueza; una distinción que hoy parece haberse perdido casi por completo. Puede que la idea de definir la economía, y aun la crematística, como un arte satisficiera a Jenofonte, Aristóteles y sus coetáneos, pero dos mil años después, cuando Isaac Newton descubrió las leyes del movimiento, el atractivo del estatus científico se hizo mucho mayor. Quizá fuera por eso por lo que en 1767 —solo cuarenta años después de la muerte de Newton—, cuando el abogado escocés James Steuart planteó por primera vez el concepto de «economía política», ya no definió esta como un arte, sino como «la ciencia de la política interior en las naciones libres». Pero el hecho de definirla como ciencia no le impidió explicar con detalle su propósito:

El objeto principal de esta ciencia es garantizar un cierto fondo de subsistencia para todos los habitantes, evitar cualquier circunstancia que pueda hacerlo precario; proporcionar todo lo necesario para satisfacer las necesidades de la sociedad; y dar empleo a sus habitantes (suponiendo que sean hombres libres) de manera que se creen de forma natural relaciones recíprocas y dependencias entre ellos, a fin de hacer que sus diversos intereses les lleven a satisfacer mutuamente sus necesidades recíprocas.³

Una vida segura y trabajo para todos en una comunidad de prosperidad mutua: no está mal para un primer intento de definir el objetivo de la economía política (pese a la indiferencia implícita hacia las mujeres y los esclavos propia de la época). Una década más tarde, Adam Smith probó suerte con su propia definición, aunque siguió el criterio de Steuart al considerar la economía política una ciencia orientada a un propósito concreto. Esta tenía —escribió— «dos objetos distintos: proporcionar una renta o subsistencia abundante a la gente, o, más correctamente, permitirle obtener dicha renta o subsistencia por sí misma; y en segundo lugar, proporcionar al Estado o la comunidad una renta suficiente para los servicios públicos».⁴ Esta definición no solo desafía la poco merecida fama moderna de Smith como partidario del libre mercado, sino que además se centra firmemente en el resultado a la hora de articular un objetivo para el pensamiento económico. Sin embargo, el suyo sería un enfoque que no duraría.

Setenta años después de Smith, la definición de economía política de John Stuart Mill dio lugar a un cambio de enfoque al redefinirla como «una ciencia que estudia las leyes de aquellos fenómenos de la sociedad que surgen de las operaciones combinadas de la humanidad para la producción de riqueza».⁵ Con ello, Mill iniciaba una tendencia que otros llevarían aún más lejos: alejar la atención de la enumeración de los objetivos de la economía para centrarse en descubrir sus leyes aparentes. La definición de Mill pasó a utilizarse de forma generalizada, aunque en absoluto exclusiva. De hecho, durante casi un siglo la nascente ciencia de la economía se definió de manera bastante imprecisa, lo que en la década de 1930 llevó a uno de los primeros economistas de la Escuela de Chicago, Jacob Viner, a bromear diciendo simplemente que «la economía es lo que hacen los economistas».⁶

No a todo el mundo le pareció una respuesta satisfactoria. En 1932, Lionel Robbins, de la London School of Economics, intervino en el debate con la intención de clarificar el tema, claramente irritado por el he-

cho de que «todos hablamos de lo mismo, pero todavía no nos hemos puesto de acuerdo acerca de qué estamos hablando». Él afirmaba que tenía una respuesta definitiva. «La economía —declaró— es la ciencia que estudia el comportamiento humano como una relación entre fines y medios escasos que tienen usos alternativos.»⁷ Pese a lo enrevesado de la argumentación, aquella definición parecía zanjar el debate, e hizo fortuna: aún hoy, muchos manuales consolidados comienzan con algo muy similar. Sin embargo, aunque enmarca la economía como una ciencia del comportamiento humano, dedica poco tiempo a indagar sobre esos fines, por no hablar de la naturaleza de los medios escasos involucrados. En un manual contemporáneo muy utilizado, los *Principios de economía* de Gregory Mankiw, la definición se ha hecho aún más concisa: «La economía es el estudio de cómo la sociedad gestiona sus escasos recursos», declara, borrando completamente del mapa la cuestión de los fines u objetivos.⁸

Resulta más que ligeramente irónico que la economía del siglo xx decidiera definirse a sí misma como una ciencia del comportamiento humano y luego adoptara una teoría del comportamiento —condensada en el hombre económico racional— que durante decenios eclipsó cualquier estudio real de los humanos, tal como veremos en el capítulo 3. Sin embargo —lo que resulta más crucial—, durante ese proceso el debate en torno a los objetivos de la economía simplemente desapareció de la vista. Algunos economistas influyentes, liderados por Milton Friedman y la Escuela de Chicago, afirmaron que aquel era un importante avance, una demostración de que la economía se había convertido en una zona libre de valores, deshaciéndose de cualquier pretensión normativa de cómo deberían ser las cosas y emergiendo, en cambio, como una ciencia «positiva» centrada en describir simplemente cómo son. Ello, no obstante, creó un vacío de objetivos y valores, dejando así un nido desprotegido en el corazón del proyecto económico. Y, como saben todos los cucos, ese nido debe llenarse.

EL CUCO EN EL NIDO

Ese enfoque positivo de la economía fue la teoría canónica que me recibió cuando llegué a la universidad a finales de la década de 1980. Como muchos economistas novatos, estaba tan ocupada con la teoría de la oferta y la demanda, tan decidida a llegar a entender las numerosas

definiciones del dinero, que no fui capaz de detectar los valores ocultos que habían ocupado el nido económico.

Por más que afirme estar libre de valores, la teoría económica convencional no puede evitar el hecho de que el valor está incardinado en su propio núcleo: se halla envuelto en el concepto de *utilidad*, que se define como la satisfacción o la felicidad que obtiene una persona consumiendo un determinado conjunto de bienes.⁹ ¿Y cuál es el mejor modo de medir la utilidad? Dejemos de lado por un momento la pega de que hay miles de millones de personas que carecen del dinero necesario para expresar sus carencias y necesidades en el mercado, y que muchas de las cosas que más valoramos no están en venta. La teoría económica se apresura —de hecho, se precipita— a afirmar que el precio que la gente está dispuesta a pagar por un producto o servicio constituye un indicativo del mercado lo suficientemente bueno como para calcular la utilidad que recibe. Añádase a ello el supuesto aparentemente razonable de que los consumidores siempre prefieren más a menos, y bastará dar un pequeño paso para concluir que el continuo crecimiento de la renta (y, por ende, de la producción) constituye también un indicativo aceptable de un bienestar humano cada vez mayor. Y con eso, el cuco ha roto el cascarón.

Como las madres pájaro engañadas, los estudiantes-economistas alimentamos fielmente el objetivo del crecimiento del PIB, dedicándonos a estudiar con detenimiento las últimas y contradictorias teorías acerca de qué es lo que hace crecer la producción económica: ¿era la adopción de nuevas tecnologías por parte de un país, su creciente dotación de maquinaria y de fábricas, o incluso su acervo de capital humano? Ciertamente, todas ellas eran cuestiones fascinantes, pero ni una sola vez nos paramos a preguntarnos en serio si el crecimiento del PIB era siempre necesario, si era siempre deseable o si, de hecho, era siempre posible. Solo cuando opté por estudiar lo que en aquel entonces era un oscuro tema —la economía de los países en vías de desarrollo— surgió la cuestión de los objetivos. La primera pregunta de examen cuya respuesta exigía cierta extensión me abordó frontalmente: «¿Cuál es el mejor modo de evaluar el éxito en el desarrollo?». Me sentí a la vez fascinada y perpleja. Tras dos años de formación económica oía hablar de objetivos por primera vez. Y lo que era aún peor: ni siquiera me había dado cuenta de que hasta entonces no se habían mencionado para nada.

Veinticinco años después, me pregunté si la enseñanza de la economía había avanzado y se reconocía la necesidad de empezar con un deba-

te acerca de para qué sirve todo eso. De modo que, a comienzos de 2015, la curiosidad me llevó a sentarme en la clase inaugural de macroeconomía —el estudio de la economía en su conjunto— dirigida a la última hornada de estudiantes de economía de la Universidad de Oxford, muchos de los cuales planeaban sin duda llegar a figurar entre los principales líderes y responsables políticos que habrían de configurar el mundo en 2050. Como movimiento de apertura, el catedrático presentó en la pantalla lo que denominó «las grandes preguntas de la macroeconomía». ¿Cuáles eran las cuatro primeras?

1. ¿Qué causa que la producción económica crezca y fluctúe?
2. ¿Qué causa el desempleo?
3. ¿Qué causa la inflación?
4. ¿Cómo se determinan los tipos de interés?

La lista se fue haciendo más larga, pero las preguntas nunca apuntaban más alto, a alentar a los estudiantes a considerar cuál era el propósito de la economía. ¿Cómo era posible que el cuco del crecimiento del PIB se hubiera apoderado del nido económico con tanto éxito? El origen de la respuesta se remonta a mediados de la década de 1930 —el momento en que los economistas optaban por una definición de su disciplina carente de objetivos—, cuando el Congreso de Estados Unidos encargó al economista Simon Kuznets que ideara un indicador de la renta nacional del país. El cálculo que este realizó pasaría a conocerse como «producto nacional bruto» y se basaba en la renta generada a escala mundial por los residentes estadounidenses. Por primera vez, y gracias a Kuznets, se hizo posible asignar un valor monetario a la producción anual de un país —en este caso Estados Unidos— y, por ende, a su renta, y compararlas con las del año anterior. Aquel indicador resultó ser extremadamente útil, y además tuvo una favorable acogida. Durante la Gran Depresión, permitió al presidente Roosevelt hacer un seguimiento de la evolución de la economía estadounidense y, con ello, evaluar el impacto y la eficacia de las políticas del New Deal. Al cabo de unos años, cuando el país se disponía a entrar en la Segunda Guerra Mundial, los datos subyacentes a las cuentas del PNB se revelaron inestimables a la hora de convertir la competitiva economía industrial de Estados Unidos en una economía militar planificada mientras al mismo tiempo se mantenía el suficiente consumo interior para seguir generando más producción.¹⁰

No tardaron en proponerse otras razones para perseguir un PNB

cada vez mayor, y en otros países se crearon cuentas nacionales similares, de manera que a finales de la década de 1950 el crecimiento de la producción se había convertido en el objetivo primordial de las políticas públicas de los países industriales. Con el ojo puesto en el auge de la Unión Soviética, Estados Unidos aspiraba al crecimiento para lograr la seguridad nacional mediante el poder militar, y los dos bandos se vieron atrapados en una encarnizada batalla ideológica para demostrar cuál de las dos ideologías económicas en liza —el «libre mercado» frente a la planificación centralizada— podía en última instancia producir más. Por otra parte, según afirmaba Arthur Okun, presidente del Consejo de Asesores Económicos de Lyndon B. Johnson, el crecimiento también parecía capaz de acabar con el paro. Su análisis concluía que un crecimiento anual del 2 % de la producción nacional estadounidense se correspondía con un descenso del 1 % del paro; una correlación que parecía tan prometedora que llegaría a conocerse como la «ley de Okun». Pronto empezó a presentarse el crecimiento como una panacea para numerosas dolencias sociales, económicas y políticas: como cura para la deuda pública y los desequilibrios comerciales, la clave de la seguridad nacional, un medio para desactivar la lucha de clases y una vía para afrontar la pobreza sin tener que abordar la cuestión, políticamente delicada, de la redistribución.

En 1960, el senador John Kennedy se presentó a las elecciones presidenciales con la promesa de mantener una tasa de crecimiento del 5 %. Cuando las ganó, la primera pregunta que le formuló a su principal asesor económico fue: «¿Cree que podemos cumplir esa promesa de crecer un 5 %?».¹¹ Aquel mismo año, Estados Unidos se unió a otros destacados países industriales para crear la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), cuya principal prioridad era lograr «el mayor crecimiento económico sostenible», donde *sostenible* hacía referencia, no al medio ambiente, sino al propio crecimiento de la producción. Y esa ambición pronto se vio respaldada por las clasificaciones internacionales del PNB donde se mostraba qué países iban en cabeza en materia de crecimiento.¹² En las últimas décadas del siglo xx, el foco de interés se desplazó del PNB al PIB, o producto interior bruto, un indicador que hoy nos resulta más familiar y que mide la renta generada dentro de las fronteras de un país. Pero se mantuvo la insistencia en el crecimiento de la producción. De hecho, esta se hizo aún más intensa, en la medida en que los gobiernos, las empresas y los mercados financieros pasaron igualmente a esperar, exigir y depender cada vez más del constante creci-

miento del PIB; una adicción que ha durado hasta hoy, tal como exploraremos en el capítulo 7.

Quizá no debería sorprendernos en absoluto que el cuco del PIB haya llenado tan hábilmente el nido económico. ¿Por qué? Pues porque la idea de una producción siempre creciente encaja a la perfección con la metáfora ampliamente utilizada del progreso como un movimiento hacia delante y hacia arriba. Si el lector ha observado alguna vez a un niño cuando aprende a andar, sabrá lo emocionante que resulta esa aventura. Desde los primeros torpes gateos —que al principio suelen ser hacia atrás, para luego comenzar a avanzar satisfactoriamente—, poco a poco va empezando a incorporarse, hasta lograr dar los primeros pasos triunfales. El dominio de ese movimiento —hacia delante y hacia arriba— forma parte del desarrollo individual del niño, pero también repite la historia de progreso que nosotros mismos nos contamos como especie: los desgarrados andares a cuatro patas de nuestros ancestros dieron paso al *Homo erectus* —por fin erguido—, que a su vez dio lugar al *Homo sapiens*, al que siempre se representa en plena zancada.

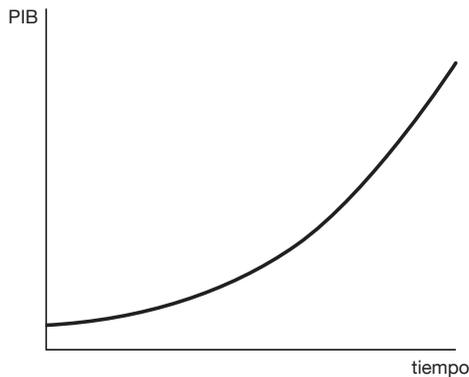
Como ilustran vívidamente George Lakoff y Mark Johnson en su obra de 1980, ya clásica, *Metáforas de la vida cotidiana*, hay una serie de metáforas orientativas como «arriba es bueno» o «adelante es bueno» que están profundamente arraigadas en la cultura occidental, y que han configurado nuestra forma de pensar y de hablar.¹³ Así, por ejemplo, decimos que alguien «se ha venido abajo», o que «ha logrado salir adelante». No tiene, pues, nada de asombroso que hayamos aceptado tan de buen grado que el éxito económico debe residir en una renta nacional siempre creciente, ya que ello encaja con la profunda creencia —como señala Paul Samuelson en su manual— de que «si bien el hecho de que haya más bienes materiales no es importante en sí mismo, no obstante una sociedad es más feliz cuando avanza».¹⁴

¿Qué aspecto tendría esta visión del éxito económico si se dibujara en forma de gráfico? Curiosamente, los economistas raras veces dibujan su objetivo «adoptivo» del crecimiento económico (en el capítulo 7 volveremos a ello para ver por qué). Pero, si lo hicieran, la imagen sería una línea siempre creciente que representaría el PIB: una curva de crecimiento exponencial proyectándose hacia delante y hacia arriba a través de la página, en una perfecta resonancia de nuestra metáfora favorita del progreso humano y personal.

El propio Kuznets, sin embargo, no habría elegido esa imagen como representación del progreso económico, ya que desde un primer momen-

to fue muy consciente de los límites de sus ingeniosos cálculos. Subrayando el hecho de que la renta nacional reflejaba únicamente el valor de mercado de los bienes y servicios producidos en una economía, señalaba que, por ello mismo, excluía el enorme valor de los bienes y servicios producidos por y para las familias, así como por la sociedad en el curso de la vida cotidiana. Además, reconocía que no proporcionaba indicación alguna con respecto a cómo se distribuían realmente la renta y el consumo entre las familias. Y dado que la renta nacional es lo que se denomina una «medida de flujo» (que en este caso registra solo la cantidad de renta generada cada año), Kuznets consideraba que debía complementarse con una «medida de existencias», es decir, una medida que reflejara la riqueza a partir de la cual se generaba dicha renta, así como su distribución. De hecho, cuando el PNB alcanzó su cota máxima de popularidad a comienzos de la década de 1960, Kuznets se convirtió en uno de sus críticos más acérrimos, tras haber advertido desde un primer momento que «casi nunca puede inferirse el bienestar de una nación a partir de una medida de la renta nacional».¹⁵

Por más que el propio creador de este criterio de medición formulara esa advertencia, tanto los economistas como los políticos la apartaron discretamente a un lado: el atractivo de un único indicador anual para medir el progreso económico era ya demasiado fuerte. Y así, durante más de medio siglo, el crecimiento del PIB pasó de ser una opción en materia de políticas públicas a convertirse en una necesidad política, y en un objetivo *de facto* de dichas políticas. Averiguar si un mayor crecimiento era algo que resultaba siempre deseable, necesario o efectivamente posible, pasó a ser irrelevante, o políticamente suicida.



Crecimiento del PIB: hacia delante y hacia arriba.

Pero había alguien que estaba dispuesto a asumir ese suicidio político, una pensadora visionaria especializada en sistemas llamada Donella Meadows —una de las autoras del informe *Los límites del crecimiento*, publicado en 1972—, que no se andaba con remilgos: «El crecimiento es uno de los objetivos más estúpidos jamás inventados por una cultura —declaraba a finales de la década de 1990—; hemos de decir basta». Ante la constante apelación a un crecimiento cada vez mayor —argumentaba—, deberíamos preguntarnos siempre: «¿crecimiento de qué, y por qué, y para quién, y quién paga el coste, y cuánto tiempo puede durar, y cuál es el coste para el planeta, y cuánto es suficiente?». ¹⁶ Durante decenios, los economistas ortodoxos desecharon sus opiniones tachándolas de imprudentemente radicales, pero en realidad estas se hacían eco de las de Kuznets, el sagrado creador del propio indicador de la renta nacional. «Hay que tener presentes las distinciones —aconsejaba allá por la década de 1960— entre la cantidad y la calidad del crecimiento, entre sus costes y rendimientos, y entre el corto y el largo plazo [...]. Los objetivos deberían ser explícitos: las metas de “más” crecimiento deberían especificar más crecimiento de qué y para qué.» ¹⁷

EXPULSAR AL CUCO

Desconcertados por el crac financiero de 2008, alarmados ante la resonancia global del movimiento Occupy Wall Street a partir de 2011, y sometidos a una creciente presión para hacer algo con respecto al cambio climático, no resulta en absoluto sorprendente que los políticos actuales hayan empezado a buscar las palabras adecuadas para expresar visiones más inspiradoras del progreso económico y social. Pero siempre parecen revertir en la misma respuesta: el crecimiento, el sustantivo ubicuo, adornado con un magnífico conjunto de adjetivos de lo más pretencioso. Una vez superada la crisis financiera (pero todavía inmersos de lleno en las crisis de la pobreza, el cambio climático y las crecientes desigualdades), las visiones ofrecidas por los líderes políticos empezaron a hacerme sentir como si hubiera entrado en una charcutería de Manhattan para comprar un simple bocadillo y me encontrara con una interminable oferta de rellenos para ponerle dentro. «¿Qué clase de crecimiento le gustaría hoy?» Angela Merkel sugería un «crecimiento sostenido». David Cameron proponía un «crecimiento equilibrado». Barack Obama abogaba por un «crecimiento duradero a largo plazo». El presidente de la Comisión Eu-

ropea, José Manuel Durão Barroso, apoyaba un «crecimiento inteligente, sostenible, inclusivo y resiliente». El Banco Mundial prometía un «crecimiento ecológico inclusivo». ¿Tienen más sabores para elegir? Por supuesto. Quizá prefiera un crecimiento equitativo, bueno, más verde, bajo en carbono, responsable o fuerte. Usted elige; siempre y cuando —claro está— elija el crecimiento.

¿Deberíamos reír o llorar? Primero llorar, por la falta de visión en un momento tan crítico de la historia humana. Pero luego reír. Porque, cuando los políticos se sienten obligados a apuntalar el crecimiento del PIB con tantos adjetivos calificativos para dotarlo de legitimidad, es evidente que ha llegado el momento de echar del nido a este objetivo-cuco de una buena patada. Resulta manifiesto que queremos algo más que crecimiento, pero nuestros políticos son incapaces de encontrar las palabras adecuadas, y los economistas hace tiempo que han desistido de proporcionárselas. De modo que es hora de llorar y de reír, pero, sobre todo, es hora de volver a hablar de lo que importa.

Como hemos visto, los padres fundadores de la economía política no tuvieron ningún reparo en hablar de lo que ellos consideraban importante ni en expresar sus opiniones sobre el propósito de la economía. Pero cuando la economía política se escindió en filosofía política y ciencia económica, a finales del siglo XIX, se creó lo que el filósofo Michael Sandel ha calificado de «vacuidad moral» en el propio núcleo de la formulación de las políticas públicas. Hoy, economistas y políticos debaten con confiada facilidad en aras de la eficiencia económica, la productividad y el crecimiento —como si se tratara de valores obvios—, vacilando, en cambio, a la hora de mencionar la justicia, la equidad y los derechos. Hablar de valores y objetivos es un arte perdido que espera ser revitalizado. Con la torpeza propia de los adolescentes que aprenden a hablar sobre sus sentimientos por primera vez, los economistas y políticos, como el resto de nosotros, estamos buscando las palabras (y, por supuesto, las imágenes) apropiadas para expresar un propósito económico de mayor envergadura que el crecimiento. ¿Cómo podemos aprender a hablar de nuevo de valores y objetivos, y situar estos en el núcleo de una mentalidad económica adecuada para el siglo XXI?

Un punto de partida prometedor consiste en observar el largo linaje de pensadores olvidados que se propusieron restituir el papel de la humanidad como centro del pensamiento económico. Allá por 1819, el economista suizo Jean Sismondi trató de definir un nuevo enfoque de la economía política con el bienestar humano, en lugar de la acumula-

ción de riqueza, como objetivo. El pensador social inglés John Ruskin siguió sus pasos en la década de 1860, clamando contra el pensamiento económico de su época, y declarando que «no hay más riqueza que la vida [...]. Ese es el país más rico, que alimenta al mayor número de seres humanos nobles y felices».¹⁸ Cuando Mohandas Gandhi descubrió el libro de Ruskin, a comienzos de la década de 1900, se propuso llevar a la práctica sus ideas en una granja colectiva de la India con el fin de crear una economía que exaltara el ser moral. A finales del siglo xx, E. F. Schumacher —conocido sobre todo por argumentar que «lo pequeño es hermoso»— trató de introducir la ética y la escala humana en el corazón del pensamiento económico. Y el economista chileno Manfred Max-Neef propuso que el desarrollo se centrara en la satisfacción de un conjunto de necesidades humanas fundamentales —como el sustento, la participación, la creatividad y el sentimiento de pertenencia— de manera que se adaptaran al contexto y la cultura de cada sociedad.¹⁹ Durante siglos, este tipo de pensadores —que no han dejado que los árboles les impidieran ver el bosque— han ofrecido visiones alternativas del propósito de la economía, pero sus ideas se han mantenido apartadas de los ojos y oídos de los estudiantes de economía, relegadas a una sensiblera escuela económica calificada de «economía humanista» (con lo cual se elude la cuestión de qué ha sido entonces del resto de ella).

Pero finalmente su proyecto humanista ha sido objeto de mucha mayor atención y credibilidad. Se podría decir que empezó a consolidarse con el trabajo del economista y filósofo Amartya Sen, un trabajo que le valdría el Premio Nobel. Sen sostiene que el desarrollo debería centrarse ante todo en «fomentar la riqueza de la vida humana, antes que la riqueza de la economía en la que viven los seres humanos».²⁰ En lugar de dar prioridad a indicadores como el PIB, el objetivo debería ser incrementar las posibilidades existenciales de las personas —como las de estar sanos, investirse de poder y ser creativos— para que puedan decidir ser y hacer en la vida aquello que valoran.²¹ Y ser conscientes de que esas posibilidades dependen de que las personas tengan acceso a los elementos básicos de la vida —adaptados al contexto de cada sociedad—, que van desde un alimento nutritivo hasta la atención sanitaria y la educación, pasando por la seguridad personal y la participación política.

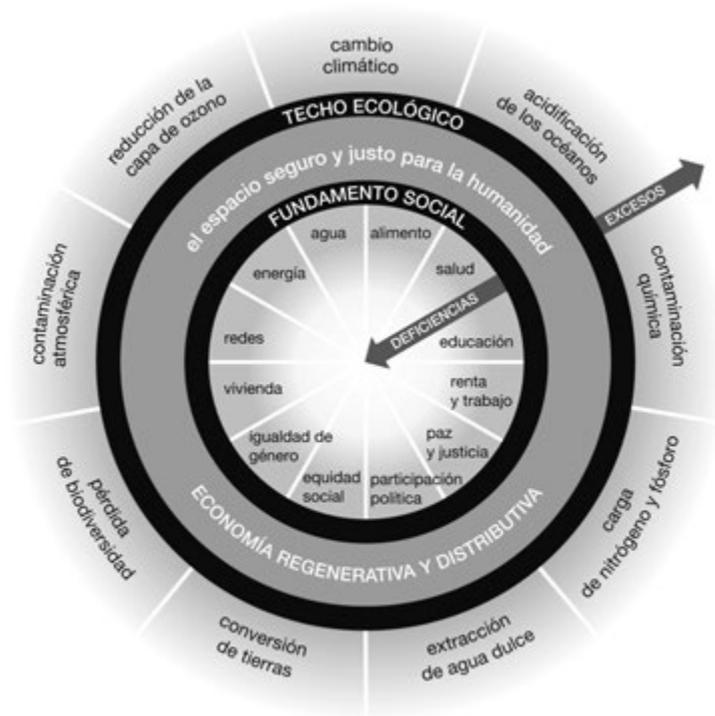
En 2008, el presidente francés Nicolas Sarkozy invitó a veinticinco pensadores económicos internacionales, liderados por Sen y su colega, también premio Nobel, Joseph Stiglitz, a evaluar los indicadores de progre-

so económico y social que actualmente guían la formulación de las políticas públicas. Tras inspeccionar el estado de los indicadores en uso, llegaron a una contundente conclusión: «Los que intentan guiar la economía y nuestras sociedades —escribieron— son como pilotos intentando fijar un rumbo sin una brújula fiable».²² Ninguno de nosotros querría ser pasajero de ese avión sin rumbo. Necesitamos urgentemente algo que nos permita ayudar a los responsables políticos, los activistas, los líderes empresariales y los ciudadanos a fijar un rumbo prudente para navegar por el siglo XXI. Así pues, he aquí una brújula adecuada para el viaje que nos aguarda.

UNA BRÚJULA PARA EL SIGLO XXI

En primer lugar, para comenzar a orientarnos, dejemos de lado el crecimiento del PIB y empecemos de nuevo planteando una cuestión fundamental: ¿qué permite prosperar a los seres humanos? Un mundo en el que cada persona pueda vivir una existencia caracterizada por tres elementos: dignidad, oportunidad y comunidad; y donde todos podamos hacerlo conforme a los medios de nuestro planeta engendrador de vida. En otras palabras, necesitamos entrar en la rosquilla. Este es el concepto visual que dibujé inicialmente en 2011 mientras trabajaba en Oxfam, y que se inspira en una ciencia de vanguardia, la denominada «ciencia del sistema Tierra». En los últimos cinco años, a través de diversas conversaciones con científicos, activistas, académicos y responsables políticos, he ido renovándolo y actualizándolo para que refleje los últimos avances tanto en objetivos de desarrollo global como en conocimientos científicos. Permítame que le presente, pues, la única rosquilla que podría resultar realmente beneficiosa para nosotros.

¿Qué es exactamente la rosquilla? En pocas palabras, es una brújula radicalmente nueva para guiar a la humanidad en este siglo. Y apunta a un futuro que puede satisfacer las necesidades de cada persona al tiempo que salvaguarda el medio natural del que todos dependemos. Por debajo del fundamento social de la rosquilla se sitúan las deficiencias de bienestar humano que afrontan quienes carecen de elementos esenciales de la vida como el alimento, la educación y la vivienda; más allá del techo ecológico se hallan los excesos de presión sobre los sistemas que sustentan la vida en la Tierra, como el cambio climático, la acidificación de los océanos y la contaminación química. Pero entre estos dos límites se extiende una zona óptima —con una inconfundible forma de rosquilla— que resulta



La rosquilla: una brújula del siglo XXI. Entre su fundamento social de bienestar humano y su techo ecológico de presión planetaria se halla el espacio seguro y justo para la humanidad.

ser un espacio a la vez ecológicamente seguro y socialmente justo para la humanidad. La tarea propia del siglo XXI no tiene precedentes: llevar a toda la humanidad a ese espacio justo y seguro.

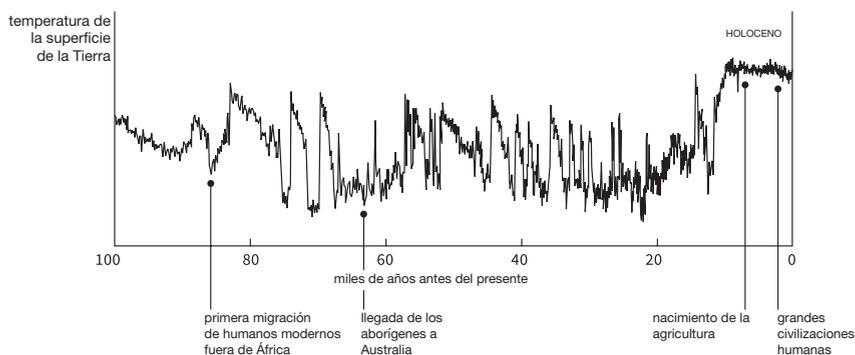
El anillo interior de la rosquilla —su fundamento social— representa los elementos básicos de la vida que no deberían faltarle a nadie. Estos doce elementos básicos incluyen: alimento suficiente; agua limpia y un saneamiento adecuado; acceso a la energía y a unas instalaciones culinarias limpias; acceso a la educación y a la atención sanitaria; una vivienda digna; una renta mínima y un trabajo digno; y acceso a redes de información y a redes de apoyo social. Además, es necesario que todo ello se logre en un marco de igualdad de género, equidad social, participación política, y paz y justicia. Desde 1948, las normas y leyes internacionales de derechos humanos han tratado de establecer el derecho de toda persona a la inmensa mayoría de esos elementos básicos, independiente-

mente de cuánto dinero o poder tenga. Proponer una fecha concreta en la que todos ellos estén al alcance de todas las personas vivas puede parecer una meta extraordinariamente ambiciosa, pero de hecho actualmente ya hay una fecha oficial. Todos estos elementos básicos se incluyen en los denominados «Objetivos de Desarrollo Sostenible» de las Naciones Unidas —acordados por 193 países miembros en 2015—, y se pretende alcanzar la inmensa mayoría de ellos en 2030.²³

Desde mediados del siglo xx, el desarrollo económico global ya ha ayudado a muchos millones de personas en todo el mundo a escapar de las privaciones. Estas se han convertido en las primeras generaciones de sus familias que han podido llevar una existencia larga con salud y educación a su alcance, con comida suficiente, con agua potable limpia, con electricidad en sus hogares y dinero en el bolsillo; y, para muchos, esta transformación ha venido acompañada de una mayor igualdad entre mujeres y hombres, así como de una mayor participación política. Pero el desarrollo económico global también ha generado un incremento espectacular del uso que hace la humanidad de los recursos de la Tierra, impulsado en un primer momento por los actuales estilos de vida —basados precisamente en el uso intensivo de los recursos— de los países de renta elevada, e intensificado más tarde por el rápido crecimiento de la clase media global. Es esta una época económica que ha pasado a conocerse como la «Gran Aceleración», gracias a su extraordinario incremento de la actividad humana. Entre 1950 y 2010, la población mundial casi se triplicó, mientras que el PIB global real se multiplicó por siete. El uso de agua dulce a escala mundial aumentó en más del triple, el uso de la energía se cuadruplicó, y el uso de fertilizantes se multiplicó por más de diez.

Los efectos de esta drástica intensificación de la actividad humana resultan claramente visibles en toda una serie de indicadores que controlan los sistemas vivientes de la Tierra. Desde 1950 se ha producido una intensificación paralela de los impactos ecológicos, que van desde la acumulación de gases de efecto invernadero en la atmósfera hasta la acidificación de los océanos, pasando por la pérdida de biodiversidad.²⁴ «Es difícil exagerar la escala y la velocidad del cambio —sostiene Will Steffen, el científico que dirigió el estudio que documenta estas tendencias—. En el tiempo que dura una vida, la humanidad se ha convertido en una fuerza geológica de escala planetaria [...]. Este es un fenómeno nuevo, e indica que la humanidad tiene una nueva responsabilidad a escala global con el planeta.»²⁵

Es obvio que esta Gran Aceleración de la actividad humana ejerce una gran presión sobre nuestro planeta. Pero ¿exactamente cuánta presión puede absorber este, antes de que los propios sistemas vitales que nos sustentan empiecen a desmoronarse? Para responder a esta pregunta, tenemos que remontarnos a los últimos cien mil años de vida en la Tierra. Durante casi todo ese tiempo —mientras los primeros humanos salían de África y se abrían paso a través de los demás continentes—, la temperatura media de la Tierra experimentó varias fluctuaciones. Pero solo durante los últimos doce mil años, aproximadamente, se ha mantenido más cálida, y también mucho más estable. Este período más reciente de la historia de la Tierra se conoce como el Holoceno. Y es este un término que merece la pena recordar, ya que nos ha dado el mejor hogar que hemos tenido nunca.



El «hogar, dulce hogar» del Holoceno. El gráfico muestra el cambio de la temperatura de la Tierra durante los últimos cien mil años basándose en datos de muestras de hielo de Groenlandia. Los últimos doce mil años han sido inusualmente estables.²⁶

La agricultura se inventó en varios continentes a la vez precisamente durante el Holoceno, y los científicos creen que no fue casualidad. La reciente estabilidad del clima del planeta hizo posible que los descendientes de los antiguos cazadores-recolectores se establecieran y vivieran al ritmo de las estaciones: previendo las épocas de lluvias, seleccionando y plantando semillas, y recogiendo las cosechas.²⁷ Tampoco es casualidad que todas las grandes civilizaciones humanas —desde el valle del Indo, el antiguo Egipto y la dinastía Shang en China hasta los mayas, los griegos o los romanos— hayan surgido y florecido en esta época geológica. Es la única fase conocida de la historia de nuestro planeta que ha permitido vivir y prosperar a miles de millones de seres humanos.

Y lo que resulta más extraordinario aún: los científicos sugieren que, si no se ven perturbadas, las benévolas condiciones del Holoceno probablemente se mantendrán durante otros cincuenta mil años debido a la órbita inusualmente circular que actualmente traza la Tierra alrededor del Sol, un fenómeno tan raro que ocurrió por última vez hace cuatrocientos mil años.²⁸ Sin duda, esto es algo sobre lo que merece la pena detenerse a reflexionar. Hemos aquí, en el único planeta habitable conocido, nacidos en su era más hospitalaria, que, gracias a la extraña forma en que casualmente estamos girando en torno al Sol, va a continuar haciéndolo durante mucho tiempo. Tendríamos que estar locos para sacarnos a la fuerza de esa zona óptima que es el Holoceno; pero es obvio que es exactamente eso lo que hemos hecho. Nuestra creciente presión sobre el planeta nos ha convertido a nosotros, a la humanidad, en el único gran factor impulsor del cambio planetario. Gracias a la envergadura de nuestro impacto, ya hemos dejado atrás el Holoceno para entrar en un territorio inexplorado, conocido como el Antropoceno: la primera era geológica configurada por la actividad humana.²⁹ ¿Qué se necesitará ahora, en el Antropoceno, para mantener las benévolas condiciones que conocimos en nuestro hogar del Holoceno: su clima estable, su abundancia de agua dulce, su floreciente biodiversidad y sus océanos salubres?

En 2009, un grupo internacional de científicos especializados en la denominada «ciencia del sistema Tierra», liderados por Johan Rockström y Will Steffen, se plantearon esa misma pregunta e identificaron nueve procesos cruciales —como el sistema climático y el ciclo del agua dulce— que en conjunto regulan la capacidad de la Tierra de mantener unas condiciones como las del Holoceno (en el apéndice los describimos con mayor detalle). Para cada uno de esos nueve procesos, se preguntaron cuánta presión podía absorber antes de que se pusiera en riesgo la estabilidad que ha permitido a la humanidad prosperar durante miles de años, precipitando al planeta a un estado desconocido en el que es probable que se produzcan transformaciones nuevas e inesperadas. La pega, obviamente, es que no es posible señalar con exactitud dónde reside el peligro, y, dado que muchas de las mencionadas transformaciones podrían ser irreversibles, haríamos bien en no descubrirlas por las malas. De modo que los científicos propusieron un conjunto de nueve límites, como una especie de barreras de seguridad, donde creen que comienza cada zona de peligro; el equivalente a poner letreros de advertencia más arriba de la traicionera pero oculta cascada de un río.

¿Y qué nos dicen esos letreros? Que, para evitar el peligroso cambio

climático, por ejemplo, hay que mantener la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera por debajo de 350 partes por millón. En lo relativo a limitar la conversión de tierras, hay que asegurarse de que al menos el 75 % de las tierras que actualmente están cubiertas de bosques sigan estándolo. Y con respecto al uso de fertilizantes químicos, nos advierten de que solo pueden añadirse a los suelos de la Tierra un máximo de sesenta y dos millones de toneladas de nitrógeno y seis millones de toneladas de fósforo cada año. Hay, desde luego, muchas incertezas detrás de esas cifras máximas —incluyendo cuestiones relativas a las implicaciones regionales de tales límites globales—, y además esta ciencia se halla en constante desarrollo. Pero, en esencia, los nueve límites planetarios configuran la mejor imagen que hemos visto hasta ahora de lo que será preciso hacer para mantener las condiciones del «hogar, dulce hogar» del Holoceno, pero en la era dominada por los humanos del Antropoceno. Y son esos nueve límites planetarios los que definen el techo ecológico de la rosquilla: las fronteras más allá de las cuales no deberíamos seguir ejerciendo presión sobre el planeta si pretendemos salvaguardar la estabilidad de nuestro hogar.

Juntos, el fundamento social de los derechos humanos y el techo ecológico de los límites planetarios, configuran las fronteras interior y exterior de la rosquilla. Y, desde luego, ambas se hallan estrechamente interconectadas. Si el lector arde en deseos de coger un lápiz y empezar a dibujar flechas encima de la rosquilla para explorar cómo cada uno de esos límites podría afectar a los demás, es que ha captado la idea; y entonces la rosquilla pronto empezará a parecer más bien un plato de espaguetis.

Veamos, por ejemplo, qué ocurre cuando se deforestan las laderas de las montañas. Este tipo de conversión de tierras es probable que acelere la pérdida de biodiversidad, debilitando además el ciclo del agua dulce y exacerbando el cambio climático; y esos impactos, a su vez, ejercerán una presión aún mayor sobre los bosques restantes. Además, la pérdida de bosques y de reservas de agua seguras puede dejar a las comunidades locales en una situación más vulnerable a los brotes de enfermedades y reducir la propia producción de alimentos, lo que a su vez puede traducirse en que los niños abandonen la escuela. Y cuando los niños dejan la escuela, la pobreza en todas sus formas puede tener un efecto dominó durante generaciones.

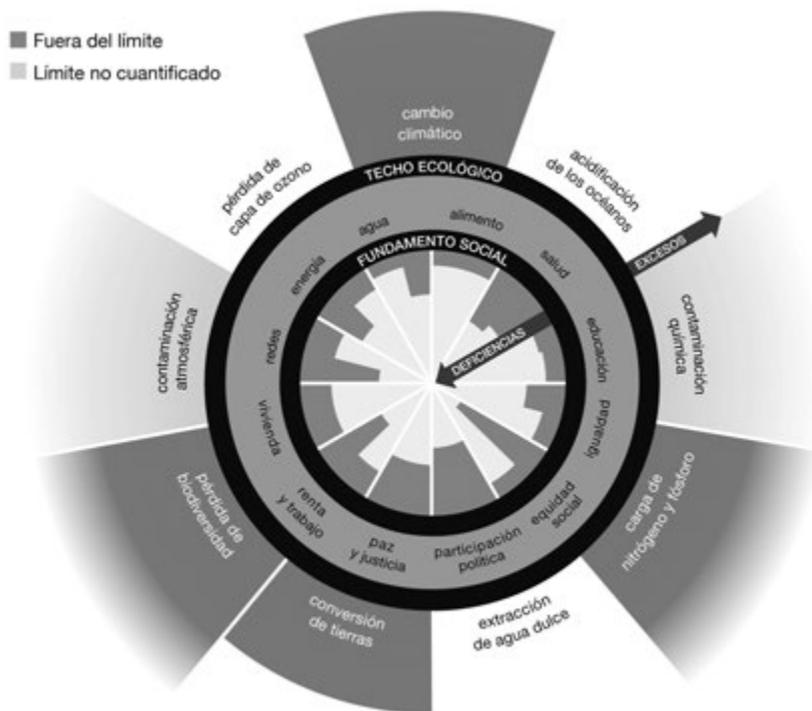
Obviamente, también puede haber efectos dominó de naturaleza positiva. La reforestación de las laderas de las montañas tiende a enriquecer la biodiversidad, a incrementar la fertilidad del suelo y la retención del

agua, y a impulsar la captación de dióxido de carbono. Y las ventajas para las comunidades locales pueden ser también numerosas: mayor diversidad de alimento y de fibra de origen forestal que recolectar; mayor seguridad en el abastecimiento de agua; mejor nutrición y salud, y mayor estabilidad de los medios de subsistencia. En aras de la simplicidad, puede resultar tentador tratar de diseñar políticas que aborden cada uno de estos límites planetarios y sociales de manera aislada; pero eso sencillamente no funciona: su interrelación exige que cada uno de ellos se entienda como parte de un complejo sistema socioecológico y, en consecuencia, que se aborde en el marco de un todo general.³⁰

Al centrarse en las numerosas interrelaciones que existen en la rosquilla, se hace evidente que la prosperidad humana depende de la prosperidad planetaria. Cultivar alimentos suficientes y nutritivos para todos requiere suelos sanos y ricos en nutrientes, abundante agua dulce, cultivos basados en la biodiversidad y un clima estable. Garantizar un agua limpia y salubre para la población es algo que depende estrictamente del ciclo hidrológico —desde el nivel local hasta el global—, de que este genere abundantes lluvias y recargue constantemente los ríos y acuíferos de la Tierra. Poder respirar aire puro implica poner fin a las emisiones de partículas tóxicas responsables de la contaminación que obstruye los pulmones. Nos gusta sentir el calor del sol en la espalda, pero eso solo es posible si nos protegemos de su radiación ultravioleta mediante la capa de ozono, y si los gases de efecto invernadero de la atmósfera no convierten el calor del sol en un catastrófico calentamiento global.

Si situarnos en el espacio seguro y justo que se extiende entre los límites interior y exterior de la rosquilla es nuestro reto para el siglo XXI, la pregunta obvia es: ¿cómo lo hacemos? Gracias a los avances realizados tanto en materia de derechos humanos como en las ciencias de la Tierra, el panorama que hoy se nos presenta resulta más claro que nunca. Pese a haber logrado un progreso sin precedentes en bienestar humano durante los últimos setenta años, estamos mucho más allá de los límites de la rosquilla en ambos sentidos.

Muchos millones de personas viven todavía por debajo de cada una de las dimensiones que constituyen el fundamento social. Hoy en día, una de cada nueve personas no tiene suficiente para comer. Una de cada cuatro vive con menos de tres dólares diarios, y uno de cada ocho jóvenes no encuentra trabajo. Una de cada tres personas todavía no tiene acceso a un retrete, y una de cada once no dispone de ninguna fuente de agua potable salubre. Uno de cada seis niños de entre doce y quince



Transgresión de los dos límites de la rosquilla. Las cuñas oscuras por debajo del fundamento social representan la proporción de personas que en todo el mundo carecen de los elementos esenciales de la vida. Las cuñas oscuras que irradian fuera del techo ecológico representan los excesos que van más allá de los límites planetarios (véanse los datos completos en el apéndice).

años no van a la escuela, la inmensa mayoría niñas. Casi el 40 % de la población mundial reside en países donde la renta se distribuye de manera extremadamente desigual, y más de la mitad vive en países donde existe una grave falta de participación política. Resulta insólito que esta clase de privaciones relacionadas con las necesidades básicas de la vida todavía sigan limitando el potencial de la existencia de tantas personas en el siglo XXI.

Al mismo tiempo, la humanidad ha estado sometiendo a los sistemas que sustentan la vida en el planeta a una tensión sin precedentes. De hecho, hemos transgredido al menos cuatro límites planetarios: los del cambio climático, la conversión de tierras, la carga de nitrógeno y fósforo, y la pérdida de biodiversidad. Hoy la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera supera con mucho el límite de 350 partes por millón (ppm):

está por encima de las 400 ppm, y sigue subiendo, arrastrándonos a un clima más caluroso, seco y hostil, acompañado de una subida del nivel del mar que amenaza el futuro de islas y ciudades costeras de todo el planeta. La cantidad de fertilizantes sintéticos con nitrógeno y fósforo que se añaden a los suelos de la Tierra supera en más del doble los niveles de seguridad. Sus escorrentías tóxicas han provocado ya el colapso de la vida acuática en numerosos lagos y ríos, así como en los océanos: por ejemplo, en la zona muerta de casi 15.000 km² detectada en el golfo de México. Solo el 62 % de las tierras que podrían estar cubiertas de bosques siguen estándolo, pero además su extensión no deja de menguar, reduciendo de manera significativa la capacidad de la Tierra para actuar como un sumidero de carbono. También la envergadura de la pérdida de biodiversidad es seria: la extinción de especies se está produciendo al menos diez veces más rápido que el límite considerado seguro. No resulta sorprendente, pues, que desde 1970 en todo el mundo el número de mamíferos, aves, reptiles, anfibios y peces se haya reducido a la mitad.³¹ Aunque la escala global de la contaminación química todavía no se ha cuantificado, preocupa extremadamente a muchos científicos. Y la presión humana ejercida sobre otros procesos clave del sistema Tierra —por ejemplo, debido a la extracción de agua dulce y la acidificación de los océanos— sigue aumentando y aproximándose a zonas de peligro de escala planetaria, generando con ello crisis tanto a escala local como regional.

Esta cruda imagen de la humanidad y de nuestro hogar planetario a comienzos del siglo XXI cuestiona profundamente la trayectoria de desarrollo económico global que hemos seguido hasta la fecha. Miles de millones de personas siguen estando muy lejos de llegar a cubrir sus necesidades más básicas, mientras que, por otra parte, ya hemos entrado en zonas de peligro ecológico global que plantean un tremendo riesgo de socavar la benévola estabilidad de la Tierra. En tal contexto, ¿en qué términos podemos concebir el progreso?

DEL CRECIMIENTO INFINITO A LA PROSPERIDAD EN EQUILIBRIO

Puede que «hacia delante y hacia arriba» nos resulte una metáfora de lo más habitual para definir el progreso, pero, en el contexto de la economía que conocemos, nos ha llevado a un terreno peligroso. «La humanidad puede influir en el funcionamiento de sus propios sistemas de soporte vital —afirma la oceanógrafa Katherine Richardson—. Hay puntos de

inflexión que estamos forzando. ¿Y cómo cambia eso nuestra definición de progreso?»³²

Durante más de sesenta años, el pensamiento económico nos ha dicho que el crecimiento del PIB era un indicativo bastante bueno del progreso, y que este adoptaba la forma de una línea siempre creciente. Pero este siglo requiere una forma y una dirección de progreso completamente distintas. En este punto de la historia humana, el movimiento que mejor describe el progreso que necesitamos consiste en lo que llamamos *entrar en un equilibrio dinámico*, lo cual nos permite movernos dentro del espacio seguro y justo de la rosquilla, eliminando a la vez tanto sus deficiencias como sus excesos. Ello exige un cambio profundo en nuestras metáforas, trocando el «adelante y arriba es bueno» por «el equilibrio es bueno», y al mismo tiempo cambia la propia imagen del progreso económico, por cuanto se pasa del crecimiento infinito del PIB a la prosperidad en equilibrio de la rosquilla misma.

Puede que la imagen de la rosquilla, y la ciencia que subyace a ella, sean nuevas; pero la idea de equilibrio dinámico que invocan se hace eco de varios decenios de pensamiento en torno al desarrollo sostenible. En la década de 1960 se popularizó la idea de la Tierra como nave espacial —una cápsula autónoma—, lo que llevó al economista Robert Heilbroner a señalar que «como en todas las naves espaciales, para mantener la vida es preciso imponer un meticuloso equilibrio entre la capacidad del vehículo para sustentar la vida y las demandas de los habitantes de la nave».³³ En la década de 1970, la economista Barbara Ward —una pionera del desarrollo sostenible— hizo un llamamiento en favor de una acción global para abordar tanto los «límites internos» de las necesidades y derechos humanos como los «límites externos» de la tensión medioambiental que la Tierra puede soportar: en la práctica, pues, estaba dibujando la rosquilla con palabras en lugar de hacerlo con un lápiz.³⁴ Más tarde, en la década de 1990, las campañas de la organización Amigos de la Tierra defendían el concepto de «espacio medioambiental», argumentando que todas las personas tienen derecho a una proporción equitativa de agua, alimento, aire, tierra y otros recursos dentro de la capacidad de carga de la Tierra.³⁵

En algunas culturas, la idea de la prosperidad en equilibrio se remonta mucho más atrás. «*Pan metron ariston*», decían los antiguos griegos: «Es mejor todo en su justa medida». En la cultura maorí, el concepto de «bienestar» combina el bienestar espiritual, ecológico, familiar y económico, entretejiendo todos ellos como dimensiones interdependientes. En

las culturas andinas, el «buen vivir» representa una cosmovisión que valora «una vida plena en comunidad con los demás y con la naturaleza».³⁶ En los últimos años, Bolivia ha incorporado el buen vivir a su Constitución como un principio ético que guía la actuación del Estado, y en 2008 la Constitución de Ecuador se convirtió en la primera del mundo en reconocer que la naturaleza, o *Pachamama*, «tiene derecho a existir, persistir, mantenerse y regenerar sus ciclos vitales».³⁷ Tales concepciones del bienestar, a la vez holísticas y equilibradas, se reflejan también en los símbolos tradicionales de muchas culturas antiguas. Desde el yin y el yang del taoísmo hasta el takarangi maorí, pasando por el nudo infinito del budismo y la doble espiral celta, cada uno de estos diseños invoca una continua danza dinámica entre fuerzas complementarias.

Pero las culturas occidentales que pretenden expulsar al objetivo-cuco del crecimiento del PIB no pueden limitarse simplemente a sustituirlo por una cosmovisión andina o maorí, sino que deben encontrar nuevas palabras e imágenes que expresen una visión equivalente. ¿Cuáles podrían ser esas palabras? Una primera sugerencia: *prosperidad humana en un floreciente entramado de vida*. Sí, ya sé que es una expresión un poco larga; y por otra parte resulta revelador que no dispongamos de formas más concisas de expresar algo tan fundamental para nuestro bienestar. ¿Y la nueva imagen? En este caso descubrí que también aquí la rosquilla podía desempeñar un papel.

A finales de 2011, en el período inmediatamente anterior a la celebración de una importante conferencia de las Naciones Unidas en torno al desarrollo sostenible, me dirigí a la sede de la ONU en Nueva York para dar a conocer la rosquilla a los representantes de una amplia gama de países con el fin de calibrar su reacción. En primer lugar me reuní con representantes de Argentina, ya que en aquel momento este país presidía el denominado «Grupo de los 77», el mayor bloque negociador de los países en vías de desarrollo en el seno de las Naciones Unidas.



Antiguos símbolos de equilibrio dinámico: el yin-yang taoísta, el takarangi maorí, el nudo infinito budista y la doble espiral celta.

Cuando le expuse la idea de la rosquilla a la negociadora argentina, esta dio unos firmes golpecitos con el dedo sobre la imagen mientras me decía: «Yo siempre había imaginado así el desarrollo sostenible. ¡Si pudiera usted conseguir que los europeos lo vieran igual...!». De modo que al día siguiente, llena de curiosidad, fui a presentar la rosquilla en una sala llena de representantes europeos. Una vez que hube proyectado la imagen en la pantalla y explicado la idea básica, habló el representante británico: «Es interesante. Habíamos oído a los latinoamericanos hablar de la “Pachamama” y nos había parecido algo un poco vago —dijo, levantando las manos en el aire para ilustrar la idea—, pero ahora veo que esta es una forma con base científica de decir algo que en realidad no resulta muy distinto». A veces las imágenes pueden tender puentes allí donde no llegan las palabras.

Considerando simplemente lo lejos del equilibrio en que nos encontramos actualmente —traspasamos los dos límites de la rosquilla—, la tarea de alcanzar el equilibrio resulta abrumadora. «Somos la primera generación que sabe que está socavando la capacidad del sistema Tierra de sustentar el desarrollo humano —afirma Johan Rockström—. Esta es una percepción nueva y profunda, y potencialmente resulta de lo más aterradora [...]. Pero es también un enorme privilegio porque significa que somos la primera generación consciente de que necesita pilotar hoy una transformación hacia un futuro globalmente sostenible.»³⁸

Imagine, pues, que nuestra generación marcara un punto de inflexión y empezara a encarrilar a la humanidad hacia ese futuro. ¿Y si cada uno de nosotros cotejara mentalmente su propia vida con la rosquilla, preguntándose de qué manera la forma en que compra, come, viaja, se gana la vida, gestiona sus cuentas bancarias, vota y realiza sus actividades de voluntariado influye en su impacto personal en los límites sociales y planetarios? ¿Y si cada empresa diseñara sus estrategias en una mesa presidida por la rosquilla, preguntándose: «¿Es la nuestra una marca acorde con la rosquilla, cuyo principal cometido contribuye a llevar a la humanidad a ese espacio seguro y justo?»? Imagine que los ministros de Economía y Hacienda del G-20 —que representan a las economías más poderosas del mundo— se reunieran en torno a una mesa de negociaciones con la forma de la rosquilla para hablar de cómo diseñar un sistema financiero global que sirviera para llevar a la humanidad a esa zona óptima. Sin duda serían unas conversaciones que cambiarían el mundo.

En algunos países, empresas y comunidades, tales conversaciones están ya en marcha. Desde el Reino Unido hasta Sudáfrica, Oxfam ha pu-

blicado informes nacionales, tomando la rosquilla como punto de referencia, que revelan la distancia que separa a cada país del objetivo de vivir en un espacio seguro y justo definido a escala nacional.³⁹ En la provincia china de Yunnan, un grupo de científicos ha realizado un análisis, también basado en la rosquilla, de los impactos sociales y ecológicos de la industria y la agricultura en las inmediaciones del lago Erhai, la principal fuente de agua de la región.⁴⁰ Empresas tales como Patagonia —un fabricante estadounidense de ropa deportiva— o los supermercados Sainsbury's del Reino Unido han utilizado la rosquilla para tratar de reformular sus estrategias corporativas. Y en la ciudad sudafricana de Kokstad —la población de más rápido crecimiento de la provincia de KwaZulu-Natal—, el ayuntamiento ha unido sus fuerzas con expertos en planificación urbana y grupos comunitarios a fin de utilizar la rosquilla para diseñar un futuro sostenible y equitativo para la ciudad.⁴¹

Este tipo de iniciativas son experimentos ambiciosos que aspiran a reorientar el desarrollo económico; pero ¿es posible que la escala planetaria de la rosquilla resulte demasiado ambiciosa para que la economía pueda manejarla? En absoluto: es la escala que corresponde al momento actual. En la antigua Grecia, cuando Jenofonte planteó por primera vez la pregunta económica de «¿cuál es el mejor modo de que una familia gestione sus recursos?», pensaba literalmente en un solo hogar. Más tarde, hacia el final de su vida, pasó a centrar su atención en el siguiente nivel, la economía de la ciudad-estado, y propuso un conjunto de políticas comerciales, fiscales y de inversión pública para su ciudad natal, Atenas. Demos ahora un salto de casi dos mil años y situémonos en Escocia, donde Adam Smith volvió a elevar de manera decisiva el centro de atención de la economía a su siguiente nivel, esta vez el Estado-nación, preguntándose por qué las economías de algunas naciones prosperaban mientras otras se estancaban. La lente económica del Estado-nación utilizada por Smith ha acaparado la atención en materia de políticas públicas durante más de doscientos cincuenta años, y se ha afianzado gracias a las ya mencionadas comparaciones estadísticas anuales del PIB de los distintos países. Pero, enfrentados ahora a una economía globalmente conectada, ha llegado el momento de que la actual generación de pensadores dé el inevitable paso siguiente. La nuestra es la era del hogar planetario, y el arte de la administración del hogar es más necesario que nunca en nuestra casa común.